

agradecidos por los beneficios que Su Señoría Ilustrísima ha dispensado: entre otros, el devoto y artístico decorado de la Santa Iglesia Catedral. ¡Que el Omnipotente remunere la importante y valiosa mejora de nuestra Iglesia Matriz!

Con motivo de mi presente publicación, me es grato rendir homenaje de admiración á los doctos retóricos, entre otros, los PP. Kleutgen, Colonia y Maruri, de la Compañía de Jesús, cuyas sabias enseñanzas *in arte dicendi* verdaderamente ilustran.

Mi prólogo ha terminado, oh católico lector. Sólo me resta parodiar estas palabras latinas del poeta Ovidio: *Parve liber, sine me ibis in urbem*. Sí, oh mi pequeño y humilde libro, sin mí irás á las personas que te lean, irás á las moradas, irás á las ciudades: marcha, marcha con el vestuario de tu señor; no seas ingrato y acuérdate siempre de este precepto divino: *soli Deo honor et gloria*: á solo Dios el honor y la gloria.

PREBENDADO,

Pedro de María Segura.

DISCURSO pronunciado en una Función Literaria

El catolicismo triunfa sin cesar... por la soberanía de sus principios, por la santidad de sus máximas... por el imponente peso de sus viejas tradiciones, por la unidad inalterable de su doctrina y por la fuerza irresistible de su autoridad que la sostiene.

Monsieur Munguia.

ILMO. SEÑOR.—SEÑORES: (1)

“Dios es la fuente más fecunda de nuestros derechos, la regla suprema de nuestros deberes, y el fin último á que se subordinan todos los demás. La Religión es, por consiguiente, como el germen, y el molde de todo lo que se dilata bajo la sociedad civil en toda la serie de la actividad humana. Quitad la Religión, suprimid lo que enseña, manda y prohíbe: sólo existirán efectos sin causa, actividades sin regla, movimientos sin ley, conciencias sin juicio y leyes sin sanción. No habrá punto de partida ni camino qué seguir, ni fin qué alcanzar.”

(1) Monsiñor Corona, Dignísimo tercer Obispo de San Luis Potosí.

Con estas palabras se expresaba un sabio al hablar de los derechos de Dios y de las ideas modernas, y con estas mismas expresiones debiéramos nosotros manifestar la verdadera y benéfica influencia del Catolicismo en las tres fases de la sociedad: *doméstica, civil y política*. Algunos modernos creen como imposible la existencia de una sociedad, cuyos individuos tuvieran en observancia las doctrinas católicas. Otros arrebatados por un odio implacable al Catolicismo, no pudiendo negar la influencia benéfica de éste, alteran ó falsifican los hechos, que como testigos imparciales, confirman á la faz del mundo los sólidos beneficios de la Religión cristiana. Otros, finalmente, cegados con la ignorancia de los principios católicos, (y lo que es peor con una ignorancia orgullosa) niegan los dogmas de la Iglesia; niegan su influencia misteriosa y social; pronuncian y propalan con magistral voz sus necios dictámenes, y éstos son aceptados y aplaudidos con frenético entusiasmo por aquella juventud y hombres inexpertos, que se fascinan por la novedad de la doctrina, y se enorgullecen con su insensato y herético raciocinio.

Mas, no es mi intención hablar ante este numeroso y respetabilísimo concurso, de los mencionados modernos propagandistas del error. La misma doctrina que profesan ó simulan profesar, los abate y confunde. Por lo mismo, dejemos sumergidos en el silencio

á los positivistas materialistas que anhelan y buscan y enseñan y defienden los bienes y cosas materiales como el bien único del hombre; y niegan ó desprecian los bienes y cosas del orden sobrenatural como bienes y cosas efímeras é ilusorias. No hablemos del comunista ó socialista que no reconoce el más ligero é insignificante sacrificio personal. Nada digamos del racionalista que, sin atender á Dios absolutamente en nada, constituye á la razón, árbitro único y supremo de lo bueno y de lo malo, de lo verdadero y de lo falso. Nada digamos de los demás corifeos del error. Que se queden ocultos en el antro espantoso de sus antilógicos sistemas. Que su doctrina impía les sirva de mausoleo, y duerman tranquilos el sueño del olvido, el sueño de la muerte . . .

Pero, Señores, una reflexión se escapaba á mi mezquina inteligencia, y esta observación me obliga á hablar, aunque sucintamente, de los errores de nuestros días. Recuerdo que los despojos bélicos sirven de testimonio para confirmar el triunfo del vencedor; y así los errores modernos, atacados y vencidos por la Iglesia me servirán para hacer brillar más el triunfo del Catolicismo. Dichoso seré yo si logro manifestar á tan ilustre auditorio que me escucha, dos verdades tan claras como la luz, tan palmarias como los objetos que nos rodean, tan admisibles como las legítimas consecuencias deducidas de los primeros prin-

cipios filosóficos. Innumerables son los bienes causados por el Catolicismo á la sociedad, é innumerables también los males causados á la sociedad sin el Catolicismo. Estos son los dos puntos que me propongo desarrollar. Os pido vuestra atención.

Siempre ha sido célebre el tan conocido dicho de Montesquieu: "¡Cosa notable! La Religión cristiana, dice, que parece no tener por objeto sino la felicidad de la otra vida, hace también nuestra dicha en ésta." Napoleón, Napoleón I, grande por sus victorias y por sus intelectuales dotes; pero más grande por sus ideas cáticas, confesaba esto mismo ante los hombres notables de su tiempo: "Persuadido, decía, de que esta Religión es la única que puede proporcionar verdadera felicidad á una sociedad bien ordenada, y afirmar las bases de un Gobierno, os aseguro que me dedicaré á protegerla y defenderla en todos tiempos y por todos medios.... y consideraré como perturbadores del reposo público y enemigos del bien común, á los que infieran el más débil insulto á la Religión ó á sus ministros sagrados.... Yo también soy filósofo, y sé que en una sociedad, cualquiera que sea, ningún hombre podría pasar por virtuoso y justo, si no sabe de dónde viene y á dónde va. La simple razón nos dice que sin la Religión se camina continuamente á ciegas, y la Religión católica es la única que dá al hombre luces

"ciertas é infalibles acerca de su principio y último fin. Nuestra sociedad no puede existir sin moral, no hay moral sin religión, y la religión por consiguiente es la que dá al Estado un apoyo firme y duradero. Una sociedad sin religión es como un navío sin brújula.... siempre agitada y combatida por el choque de las pasiones más violentas, experimenta en sí misma, todos los furores de una guerra intestina, que la precipita en un abismo de males y tarde ó temprano ocasiona infaliblemente su ruina."—Palabras notables, dice un célebre escritor español que cita al referido emperador, cuya verdad y sensatez está acreditando la experiencia, bien á costa de los pueblos que las olvidan. (*)

Estas veraces y celebérrimas palabras de Montesquieu y Napoleón, no son sino la síntesis precisa de los inmensos beneficios causados por el Catolicismo á la sociedad. Descorramos por un momento el velo del pasado; fijémonos en la edad lastimera del paganismo universal; contemplemos la situación aterradora del idolátrico mundo, y la acción incesante y benéfica del mundo católico que entonces apenas estaba en su edad infantil. ¿Y qué observaremos? Observaremos grandes cosas que sorprenden la inteligencia del hombre. Allí encontraremos á la Sociedad muerta por el paganismo, y al Catolicis-

[*] Canónigo Perujo.—*Lec. sobre el Syllabus*, tomo II.

mo inspirando un soplo divino á esta misma sociedad para que adquiriera movimiento y vida: movimiento y vida que solamente podía comunicarlo, quien en la realidad lo comunicaba. Allí veremos al mundo pagano sumergiéndose al hombre más y más en la barbarie, y por ésto en el crimen; pero también veremos al Catolicismo luchando con ese mismísimo mundo para civilizar al hombre y convertirle. Allí veremos al Catolicismo como el ángel de paz, cicatrizando las llagas cancerosas de la humanidad pagana para darle perfume de la gloria celeste.

Básteme hacer un ligero bosquejo de la triste situación de la pagana humanidad. Tres ciudades se nos citan como los timbres gloriosos de la idolátrica antigüedad: Egipto elogiado por el saber, Grecia por la libertad y Roma pagana por el poder; y en verdad que estas capitales únicamente ocultaban bajo su aparente velo de gloria, vergonzosa é inmunda lepra. Regístrese la imparcial historia y nos dirá que, aunque es cierto que el Egipto fué la cuna de perfección de algunos filósofos, éstos estuvieron manchados de errores y la mayor parte del pueblo Egipcio tributaba culto de adoración al gato y al perro, al mono y al cocodrilo. Regístrese la imparcial historia, y nos dirá con sentenciosa voz, que la Grecia abundaba más en esclavitud que en libertad. "Aténas, refiere un ilustre y sabio escritor, "tenía cuarenta mil esclavos y sólo veinte mil

"ciudadanos. La mujer y los hijos vivían sujetos á la más atroz tiranía del padre, que tenía sobre ellos derechos de vida y muerte. "Este á su vez era esclavo de una multitud de tiranos que, con pretexto del bien público, "disponían á su antojo de su vida y de su fortuna." ¿Y qué diremos de Roma, la que por antonomasia se había conquistado el nombre de la poderosa del mundo? Dejemos que hable el referido escritor: (1) "El ciudadano, "dice, tenía derecho de vida y muerte sobre "sus hijos, y usaba sin escrúpulo de este derecho bárbaro. En nombre de la patria se sacrificaba á los padres, madres, esposos, hijos "y cuanto hay más querido en la patria.... "Más todavía, el hombre se había envilecido "á los ojos de sus semejantes, que se le quitaba la vida para dar más verdad á las representaciones trágicas, para animar los festines y "por puro pasatiempo."

"Por todas partes, habla el apologista Monseñor Gaume, se veía la degradación del "hombre: del niño, á quien se ahogaba, se exponía, se vendía y se inmolaba; del prisionero, que era reducido á esclavitud y obligado "á morir sobre la tumba de los vencedores ó "en los anfiteatros; del pobre, que era rechazado como un animal inmundo; del esclavo "que era despedazado á golpes, abrumado de "cadenas, asesinado y arrojado como pasto á

[1] Perujo.—*El Apologista Católico*, tomo II,

“los leones, á los tigres y á los pescados; de “la mujer que era maltrada de mil maneras.” (1)

Tal es, á grandes rasgos el triste y lamentable cuadro de la humanidad pagana. Digo mas, en peor condición lo describe perfectamente el sabio Apóstol de las gentes en su epístola á los habitantes de Roma. (2) ¿Y qué hizo la Iglesia ó el Catolicismo al encontrar en el mundo males de tanta trascendencia? ¿Qué medios adoptó para exterminarlos? ¿Qué resultados ha obtenido? Volúmenes serían necesarios para consignar una respuesta pormenorizada. Básteme hacer ligeras y generales indicaciones.

Apenas apareció el Cristianismo y comenzó á curar los cancerosos males de la humanidad. Su objeto era regenerar el mundo, y así comenzó por regenerar la sociedad. Esta regeneración social dió por resultado una sociedad nueva, porque nueva se llama la sociedad cuando sus elementos constitutivos no son los mismos. Sus resultados sin duda alguna debían de ser y fueron benéficos: porque el fin era divino; los medios eran verdaderamente nobles y la fuerza venía de un elemento esencialmente civilizador; y los individuos eran constantemente observantes de la eterna ley. Por esto vemos que los efec-

[1] Historia de la Sociedad Doméstica, etc.

[2] Ep. ad Rom, Cap. I.

tos obtenidos por el Catolicismo en el transcurso de los siglos, sorprenden á la más clara inteligencia humana, porque el elemento motor ha sido y es un elemento divino.

Por cuya razón, son sorprendentes y bienchoras las obras de la Iglesia, obras de las que jamás habría tenido un pequeño ideal el mundo pagano, diametralmente opuesto á la civilización verdadera. El Catolicismo comienza por destruir y destruye la esclavitud; predica incesantemente la palabra divina, y quita al hombre sus feroces y bárbaras costumbres; enseña y practica en verdadero sentido, y no como falsamente se entienden ahora, las palabras *Libertad, Igualdad y Fraternidad*, y restaura la dignidad de la familia, y restaura la de la mujer y conserva la vida del tierno niño. ¡Qué grande soís, oh Religión cristiana! ¡Qué rectas vuestras intenciones! ¡qué benéficas vuestras obras! Yo encuentro en vos la civilización verdadera, y veo con cuánta injusticia sois llamada retrógrada por los impíos modernos....

Sin duda alguna, Señores, injustamente se dice que el Catolicismo no ama la civilización, cuando él es esencialmente civilizador. Escuchemos cómo habla el Catolicismo por boca de un sabio orador francés: (1) “Id al progreso, pero guardaos de la decadencia. Yo apruebo la conquista del hombre sobre la mate-

[1] P. Félix, S. J.—*Progreso por el Cristian.* conf. 5ª

“ria; pero repruebo el reinado de la materia sobre el hombre. Yo quiero el progreso material con su rango y su importancia gerárquica; pero de ningún modo quiero que destruya por su exageración el equilibrio de las cosas. Tres palabras resumen el pensamiento del cristianismo en esta materia: Quiere “el progreso material como medio, no le quiere como fin; quiere la materia esclava, no la quiere soberana; quiere el desarrollo de la materia como condición normal de la vida, no la quiere como ambición suprema de la vida. La posesión de lo increado como objeto; la posesión de lo criado como medio; ante el hombre y sobre el hombre, Dios como término; bajo el hombre, la creación material que se le ha dado como medio de elevarse á Dios; y en el centro de esos dos extremos el hombre mismo, llevando con él á la naturaleza muda para que glorifique á Dios.”

“Ved aquí el orden tal como lo proclama y cómo lo defenderá hasta el fin, con la razón filosófica, la predicación cristiana.”—En esto consiste la civilización verdadera. Este es su sentido metafísico y por lo mismo absolutamente verídico. Así lo aprueba y enseña la Iglesia, así lo mandan y recomiendan los Papas, así lo defienden los Doctores cristianos.

Si consideramos la enseñanza católica, no podemos menos de confesar los inmensos beneficios traídos á la sociedad por el Catolicis-

mo. Su legislación canónica es la más sabia de las legislaciones, y con ella abrió una senda segura al jurisconsulto para que siguiera sin peligro de errar, la equidad y la justicia. ¿Qué no ha hecho en favor de la Filosofía? ¡Ah! Ha dado firmeza á sus conocimientos, ha corregido los errores que tenía. Ha fijado límites á la razón en sus sistemas científicos, para que no se exponga á peligro de errar, saliendo de su órbita: le ha abierto con la antorcha de la Fe, camino luminoso para que encuentre aquellas elevadas y divinas verdades, las que no podía alcanzar con sus mezquinas fuerzas naturales. El Catolicismo ha enseñado al filósofo, que siendo una la verdad, no puede ni debe jamás haber pugna alguna entre la verdad natural y la verdad divina ó revelada. Afirmar lo contrario, sería afirmar un absurdo; y quien lo afirmara, sería un insensato.

Que la Iglesia ó el Catolicismo establece un admirable armonía entre la Fe y la razón, no hay que dudarle. Escuchemos sus claras, sabias y terminantes palabras, y veremos con cuánta injusticia se dice por algunos que el Cristianismo pone rémoras al perfecto desarrollo de la razón: “No sólo no puede existir jamás oposición alguna, dice la gran Maestra de la verdad, entre la fe y la razón, sino que una y otra se auxilian mutuamente; pues la recta razón demuestra los fundamentos de la fe, é ilustrada con los fundamentos de